

MOVILIDAD ESPACIAL, TRANSNACIONALISMO E HIBRIDACIÓN CULTURAL

SPACE MOBILITY, TRANSNATIONALISM AND CULTURAL HYBRIDITY

LUIS JESÚS MARTÍNEZ GÓMEZ*

ILSE E. ROJAS FLORES**

RESUMEN

El presente documento constituye un exhorto sobre la necesidad de integrar las elaboraciones provenientes de los estudios transnacionales con las propuestas de la espacialidad, a fin de construir marcos analíticos con los cuales comprender y explicar los cambios, transformaciones y dinámicas de hibridación cultural que están sufriendo hoy día las comunidades de migrantes como efecto del “contacto cultural”.

PALABRAS CLAVE: *transnacionalismo, espacio, hibridación.*

ABSTRACT

*Profesor investigador del Colegio de Antropología Social de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, correo electrónico: procesos_transnacionales@yahoo.com.mx

**Licenciada en Antropología Social por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, correo electrónico: ilseroff@gmail.com

This paper is a exhortation about the necessity to integrate the drawing up from transnational studies with the spatial proposals in order to build analytical frameworks with which it is possible understanding and explaining the changes, transformations and dynamics of cultural hybridization that are suffering today migrant communities as an effect of “cultural contact”.

KEY WORDS: *transnationalism, space, hybridization.*

Introducción

El presente documento constituye una breve reflexión sobre la necesidad de articular los aportes provenientes del transnacionalismo con los enfoques sobre la espacialidad, a fin de comprender y explicar de mejor manera los cambios, transformaciones y procesos de hibridación cultural que están sufriendo hoy día las comunidades de migrantes en el contexto de la movilidad espacial.

Para dicha labor, este texto busca relacionar los conceptos de espacio, migración y cultura a partir de las elaboraciones provenientes de los estudios transnacionales y las espacialidades. Ahora bien, para su desarrollo, este artículo fue estructurado en cuatro apartados, el primero muestra los aportes y trayectorias del transnacionalismo en las investigaciones sobre el fenómeno migratorio. El segundo aborda los alcances y limitaciones del transnacionalismo frente a los estudios del espacio. El tercero se ocupa de los principales conceptos que fueron empleados dentro de la antropología para el análisis del cambio sociocultural como fruto del contacto entre los grupos humanos. El último apartado propone el uso del concepto de hibridación espacial y cultural, como una vía analítica que podría aportar elementos valiosos en la explicación de las transformaciones culturales que experimentan las comunidades migrantes y o sujetos transnacionales como resultado del “contacto cultural”.

Aportaciones y trayectorias de los estudios transnacionales

Han pasado ya más de dos décadas desde que algunos científicos sociales alcanzaron a vislumbrar la existencia de un fenómeno transnacional cuya naturaleza se caracterizaba por la yuxtaposición de variables como el crecimiento del comercio internacional, la intensificación del flujo migratorio, la transnacionalización de las empresas, el uso y desarrollo de tecnologías de comunicación y transporte, la circulación de bienes, servicios, capitales y símbolos y, desde luego, la globalización de las culturas.

Al indagar sobre las elaboraciones académicas de la década de 1990 hallaremos que frente a estas dinámicas que acontecían alrededor del mundo, los estudiosos de la migración fueron los primeros en mostrar evidencias empíricas sobre la existencia de un fenómeno dinámico y cambiante que emanaba de aquellos lazos y relaciones —políticas, económicas, sociales y culturales— que los migrantes sostenían con sus respectivas comunidades de origen y destino (Schiller *et al.*, 1992 y 1995; Castro, 2005; Levitt y Schiller, 2006).

Se puede concebir, en efecto, que un creciente número de investigaciones emanadas del campo de las migraciones internacionales, advirtieron la presencia de la transnacionalización de los vínculos, interacciones, instituciones y prácticas que conectaban a personas, instituciones y comunidades a través de las fronteras de los Estados-nación. Tal es el caso de aquellas etnografías pioneras que efectuaron Schiller *et al.* (1992) entre los migrantes centroamericanos que arribaron a los Estados Unidos.

Lo significativo, sin embargo, es que durante esta etapa acepciones como “transnacionalismo”, “acercamiento transnacional” o “perspectiva transnacional”, fueron empleadas para agrupar a aquellas investigaciones que buscaban responder a la insatisfacción que ofrecían las teorías dominantes, en cuanto a las explicaciones que concebían a la migración desde una sola dirección o sentido, es decir, que solo enfatizaban en el proceso de incorporación/asimilación de los inmigrantes a las sociedades de destino, así como en su dimensión económica, desdeñando los crecientes vínculos e interacciones que estos mantenían con su terruño (Smith, 2006; Pries, 1997).

Es interesante notar que, inspirados en aquellas etnografías de la década de 1990, otros especialistas de la migración internacional se darían a la tarea de contrastar sus propias observaciones frente a los hallazgos registrados por Schiller y sus colegas.¹ De aquellos trabajos se desprende no solo el desarrollo de la migración transnacional y el “transnacionalismo”, sino también un cambio en la retórica clásica, ya que las investigaciones pasaron del análisis de los elementos

1. Los estudios transnacionales proponen que si bien las prácticas transnacionales no son necesariamente nuevas, pues siempre han existido movimientos e interconexiones entre los grupos humanos, a través de la historia y a lo largo del mundo, lo novedoso radica en que permite mirar a los fenómenos migratorios bajo un lente teórico distinto. Ahora bien, las diferencias son producto de la simultaneidad, la cual es posible gracias al uso de tecnologías de comunicación y transporte. Lo significativo, sin embargo, es que tales factores han contribuido a la participación activa de los migrantes en diversos espacios y puntos geográficos (Smith, 2006).

económicos y demográficos hacia el estudio de los aspectos culturales de la migración. Y, por añadidura, a la exploración de las redes y prácticas sociales, políticas, religiosas y culturales que los migrantes desplegaban entre distintas cartografías (Smith, 2006; Levitt y Schiller, 2006).²

A varios años de la consolidación de la perspectiva transnacional como programa de investigación, esta ha logrado extenderse a disciplinas como la geografía, la antropología, la sociología, la ciencia política, los estudios culturales, entre otras. Sin embargo, el uso de los términos como transnacional o transnacionalismo “son usados tan vaga e indistintamente que tienden a convertirse en expresiones que “lo abarcan todo y no dicen nada”, como fue el caso del concepto de globalización” (Pries, 2011, p. 9).

Frente a este tipo de problemáticas, varios académicos han planteado la necesidad de impulsar un debate que avance hacia una mayor precisión conceptual y metodológica, y hacia una mejor estructuración de las investigaciones empíricas, a fin de demostrar ya no la existencia del transnacionalismo, sino su pertinencia como un concepto que nos conduzca hacia nuevos retos teóricos y empíricos, o bien, a la definición de las categorías pertinentes (análisis, referencia y medida) con las cuales sea dable diferenciar —en forma sistemática— los diferentes tipos de investigación internacional y, en consecuencia, a desarrollar trabajos compa-

2. Sería difícil aquí resumir la amplia gama de tópicos, discusiones, acercamientos y propuestas que se desprenden del fenómeno de la migración transnacional. Para ello, remitimos al lector a la excelente síntesis literaria que se ha realizado en *International Migration Review* (2003).

rativos en donde puedan ser analizadas las similitudes y diferencias que subyacen entre los distintos fenómenos transnacionales alrededor del mundo (Portes, 2005; Levitt y Khagram, 2008; Pries, 2011).

En este contexto, me parece pertinente dedicar los siguientes apartados hacia un esfuerzo que podría abonar a la agenda académica de la perspectiva transnacional (o transnacionalismo) en el análisis del ámbito cultural del fenómeno de la migración. Particularmente, me refiero a la posibilidad de incluir el tema del espacio dentro de los estudios de migración, o bien, de entender al fenómeno de la migración como una forma de movilidad espacial. Lo anterior, con la esperanza de incorporar acercamientos complementarios que alcancen a dar cuenta de los complejos procesos socioculturales que acontecen en nuestros días.

Alcances y limitaciones del transnacionalismo frente a los estudios del espacio

Si bien dentro de los estudios de migración transnacional yacen algunas elaboraciones sobre el espacio, nótese que pocos trabajos perciben a la migración como un proceso socioespacial. A decir verdad, esta faceta no ha sido claramente abordada por parte de los especialistas de la migración o del transnacionalismo. De hecho:

Para muchos autores, el espacio sigue siendo el espacio objetivo, relativo, en el cual es posible localizar a los migrantes, colocando en el mapa las indicaciones de sus lugares de residencia consecutivos, marcando los flujos eventuales

que generan entre los lugares (envíos de dinero por ejemplo), o delimitando espacialmente los mercados de empleo, entre otros factores (Hiernaux y Zarate, 2008, p. 17).

El problema general, sin embargo, es que, frente a estas visiones tradicionales del espacio y la complejidad de dicho concepto, resulta imprescindible visualizar al transnacionalismo —o a la migración transnacional— desde un enfoque socioespacial, a fin de incorporar otras facetas del espacio transnacional que logren ir más allá de una visión cuantitativa-locacional (Hiernaux y Zarate, 2008, p. 17). En este sentido, coincidimos con Hiernaux y Zarate (2008), en cuanto que “el espacio ocupado por el migrante lo transforma en un espacio de vida, donde reproduce parcialmente los modos de apropiación espacial propios de su lugar de origen” (p. 17). Y, sobre todo, con la idea de que “los espacios de origen se encuentran profundamente transformados por ciertas acciones de los migrantes de retorno, o por los locales a partir de las remesas y las indicaciones que reciben de los migrantes” (Hiernaux y Zarate, 2008, p. 17).

Es significativo, en este sentido, que una reflexión sobre la “forma de vivir el espacio” resulta urgente al interior de los estudios transnacionales, pues nos exhorta a volver la mirada hacia la geografía humana en busca de una concepción del espacio, con la cual sea posible entender y explicar las construcciones espacio-temporales de los migrantes, así como los procesos de hibridación que promueven los mismos mediante sus prácticas y apropiación simbólica de los espacios, frecuentemente transformados al contacto con otras culturas.

Quizás, conviene decir que en este trabajo entenderemos la noción de espacialidades a la luz del trabajo de Lindón (2008), quien propone que esta expresión puede ser empleada en dos perspectivas diferentes: “como la experiencia del ser humano de habitar, es decir, como la forma de vivir el espacio que incluye tanto las prácticas como el conocimiento de sentido común que las orienta y que está enraizado en la historicidad”; o bien entendida como “las diferentes concepciones acerca del espacio que se han desarrollado en el pensamiento científico” (p. 119).

Si bien, a últimas fechas, la primera acepción constituye un horizonte vital para las nuevas interpretaciones del espacio relacionadas con los conceptos de cultura y sociedad, es conveniente detenernos en la segunda perspectiva, pues esta nos conducirá a discurrir cómo el transnacionalismo mira la espacialidad. A riesgo de simplificar, podríamos identificar cuando menos tres rutas posibles; la primera incluye una relación aparentemente “natural” y necesaria entre el transnacionalismo y el territorio; la segunda muestra una exploración sobre la concepción del espacio que llevan consigo los estudios sobre transnacionalismo. La tercera advierte un panorama potencial que podrían tener los estudios de transnacionalismo si acaso incorporaran la concepción del espacio en sus elaboraciones o se abrieran a otras nociones (Lindón, 2008, p. 120).

En cuanto al primer horizonte, podemos advertir un conjunto de elaboraciones que desde varias plataformas disciplinares (antropología, sociología, estudios culturales y otras áreas afines) han incursionado en las reflexiones del transnacionalismo, parti-

cularmente en aquellas relacionadas con la cultura y las relaciones sociales en el espacio, así como en el desplazamiento de los grupos humanos más allá de sus fronteras. Pese a los esfuerzos que yacen en el transnacionalismo por incorporar al espacio dentro de sus elaboraciones, en la práctica tenemos que su relación es confusa e imprecisa. Si volvemos la mirada a Lindón, quizás hallemos algunas respuestas:

[...] el fenómeno empírico estudiado tiene un componente espacial particular, pero los interrogantes de fondo del transnacionalismo no son directamente espaciales, aunque sí de forma tangencial. [...] El transnacionalismo se plantea que es posible estudiar lo local sin hacerlo desde la espacialidad, entendida ésta como el espacio de vida. Pero, cuando el transnacionalismo busca alternativas para superar las visiones tradicionales de lo local, va más allá de lo local sin por ello abordar la espacialidad (Lindón, 2008, pp. 121-122).

Sucede, en efecto, que para el transnacionalismo el abordaje del espacio ha estado relacionado generalmente con los desplazamientos humanos o la movilidad espacial de poblaciones en el territorio provocadas por la globalización, la posmodernidad o el capitalismo tardío. Lo anterior, no incluye precisamente una reflexión sobre la espacialidad *per se*. Antes bien, sus análisis han sido reducidos a factores de expulsión, atracción o localización, destacando procesos que tienen que ver más con “el desdibujamiento de los límites, los procesos sociales que atraviesan la escala nacional y la tornan borrosa, así como las múltiples facetas de la movilidad espacial” (Lindón, 2008, p. 125).

Lo anterior nos lleva a la segunda ruta que explora cómo el transnacionalismo mira a la espacialidad. A reserva de profundizar más en el tema, tenemos que el transnacionalismo ha recurrido a conceptos como comunidad transnacional, espacio social transnacional, desterritorialización, territorialización, transterritorialización, circuito transnacional, entre otros, con el objeto de explorar varias problemáticas relacionadas con el espacio, sin embargo, sus reflexiones solo lo examinan de manera general, tangencial o metafórica. A decir verdad, el análisis de la espacialidad dentro del transnacionalismo se desprende de la geografía, la cual abraza ciertos componentes territoriales desde una mirada transdisciplinaria, pero sin un abordaje explícito del componente espacial, antes bien su preocupación central se halla en la cultura y las relaciones sociales o comunitarias en el espacio.

Si auscultamos las aportaciones sobre la manera en que el transnacionalismo atiende al tema de las espacialidades (a partir de algunos de los conceptos arriba mencionados), advertiremos en Lindón una serie de limitaciones y problemáticas que creemos conveniente destacar:

[...] el espacio transnacional parece a veces ser sólo una expresión metafórica con la que se da cuenta de relaciones sociales. En otras ocasiones, toma contenidos espaciales pero excesivamente limitados, como todos los que parten de la idea de un espacio geométrico. Por su parte, la adjetivación de transnacional aplicada al espacio, más que producir un avance en la comprensión de la espacialidad parece regresar sobre supuestos geográficos tradicionales y muy discutidos. Por su parte,

el circuito transnacional no queda claro si también se encamina por el continuo espacial (con todo el lastre geométrico que ello supone) o si es una noción no espacializada (Lindón, 2008, p. 130).

Lo mismo sucede con los conceptos de desterritorialización y territorialización ya que sus definiciones apuntan hacia un conjunto de rupturas y construcción de vínculos comunitarios asociados con los procesos de movilidad espacial, así como a locaciones en puntos dispersos de dos Estados-nación, cuya diferenciación no es territorial, sino sociocultural. De hecho, dentro de tales conceptos “no se habla de cuál es la relación de estas comunidades con el territorio en el que habitan. Lo único que se señala respecto a la espacialidad es que están en ciertos puntos dentro de un espacio que puede pensarse como una retícula. Dentro de esta retícula, estas comunidades ocupan ciertas coordenadas” (Lindón, 2008, p. 133).

Por supuesto, dentro del transnacionalismo existen otros conceptos que fueron acuñados con el objeto de abordar el tema de las espacialidades, tal es el caso de las nociones de multicentralidad, multilocalidad, simultaneidad, entre otros. Sin embargo, por razones de espacio, dejaremos esta tarea pendiente, pues aquí nos interesa destacar que frente a los vacíos del transnacionalismo, yacen otras formas de dar cuenta de las espacialidades, alejadas de aquellos presupuestos ligados al espacio geométrico y locacional, tema central de la tercera ruta de análisis.

*Transnacionalismo y espacialidades:
una nueva mirada para el abordaje de la
movilidad espacial*

Coincidimos con Lindón (2008) en cuanto a que los estudios transnacionales deben repensar sus nociones sobre el espacio, o bien, integrar nuevas percepciones que no desdibujen la espacialidad, es decir, que la reduzcan a nivel de localización. Para ello, propone que estos trabajos incorporen percepciones que logren conciliar al sujeto con la espacialidad o visiones del espacio como lugar, como espacio de vida y espacio vivido.³ En efecto, con base en sus hallazgos empíricos y análisis de la periferia oriental de la ciudad de México, Lindón plantea que algunas posibles rutas de análisis podrían hallarse en las nociones de “anclaje y desanclaje, arraigo y desarraigo, el conocimiento espacial que articula las trayectorias de vida nómadas y la relación orgánica entre espacios de vida dentro y fuera de los recintos, son algunas posibilidades que se abrirían a los estudios de transnacionalismo que se atrevieran a franquear la frontera del espacio relativo, geométrico y locacional” (Lindón, 2008, p. 153).

Si bien las observaciones de Lindón son oportunas para el enriquecimiento de los estudios transnacionales y la migración, conviene señalar que la incorporación de las espacialidades de vida y vividas no son

3. Según Lindón (2008, p. 139) el “espacio de vida” expresa los espacios de las prácticas cotidianas, mientras que el “espacio vivido” denota la forma en que es vivido el primero, es decir, el significado otorgado a los distintos espacios en los que se despliegan las prácticas cotidianas.

el único aspecto que deberían sumarse al estudio del espacio. A decir verdad, la dimensión cultural también resulta indispensable en la comprensión del mismo y, por ende, los cambios y transformaciones que suceden como producto del contacto cultural entre distintas sociedades. En consonancia con esta perspectiva, creemos que una ruta analítica a seguir se halla en el concepto de hibridación espacial y cultural, pues su definición suscribe tanto a los sujetos transnacionales como a sus respectivas prácticas, tiempos y espacios. Debido a la importancia de este tópico, dedicaremos los siguientes apartados a su abordaje.

Contacto cultural y cambio sociocultural

A riesgo de simplificar, podríamos decir que desde la antropología surgieron distintas nociones teóricas que se ocupaban de los cambios socioculturales que experimentaron ciertos grupos humanos a lo largo del tiempo, buscando entender cómo tales transformaciones trastocaban las vidas, costumbres, tradiciones y espacios de las poblaciones no occidentales. Prueba de ello, es que conceptos como aculturación, transculturación e hibridación serían acuñados dentro de esa disciplina para examinar los efectos que emanaban del “contacto cultural”.

Si bien la antropología fue pionera en la caracterización y análisis de aquellos procesos y dinámicas que se desprenden del contacto entre las culturas, hay que señalar que los cambios y transformaciones generadas en las sociedades por diversos factores, representaron temas de investigación no solo de la antropología, sino también de otras disciplinas.

Históricamente, podemos advertir que la antropología miró el cambio como resultado del “contacto” entre dos culturas, particularmente durante los procesos de colonización de Europa hacia otros países. De hecho, para entender tales variaciones esta disciplina utilizó un conjunto de conceptos con el objeto de comprender cómo suceden los mismos, o bien, en qué áreas de la cultura podrían ocurrir. Ciertamente, los conceptos que la antropología acuñó provocaron gran discusión, ya fuera por su origen, definición, perspectiva del autor, contexto histórico, político y o su aplicación.

Ahora bien, para comprender los límites y alcances de tales conceptos, resulta preciso mirar su origen y contexto, frente a los efectos de aquellas sociedades “primitivas” que mantenían contacto con el mundo occidental. Al respecto, Zárate (2008) nos explica que términos como “difusión” y “asimilación” se hicieron presentes en los primeros estudios de contacto, a fin de interpretar el cambio cultural por “contacto”, como efecto de la colonización.

Posteriormente, tanto la escuela norteamericana como la británica incorporarían dos conceptos al debate con el fin de satisfacer las necesidades teóricas sobre los fenómenos de difusión y asimilación. De hecho, la escuela norteamericana —bajo una postura culturalista— se concentró en el proceso de difusión que estimulaban los rasgos y complejos de la cultura occidental en las sociedades “primitivas”. No obstante, los estudios aculturativos orientaron su mirada hacia los mecanismos de transmisión cultural y los efectos recíprocos que ocurrían por la influencia de una cultura altamente industrializada frente a otras tecnológicamente

“menos prósperas” (Aguirre, 1957).

Para el caso de la escuela funcionalista británica, sus estudios del contacto serían orientados a partir de las nociones de integración y estructura social, cuyas explicaciones apuntaron hacia el reconocimiento de un mecanismo mediante el cual las instituciones de una cultura, operando en un plano trasversal de tiempo se reforzaban unas a otras como parte de una unidad cultural.

Ahora bien, entre 1925 a 1935, la Asociación Norteamericana de Antropología generó una definición para el concepto de aculturación a partir del análisis de los trabajos de Redfield, Linton y Herskovits quienes, a partir de los conceptos de difusión y asimilación, lograron concluir de manera congruente y específica que el término aculturación:

[...] comprende aquellos fenómenos que resultan cuando grupos de individuos de culturas diferentes entran en contacto continuo y de primera mano con cambios subsecuentes en los patrones culturales originales de uno o de ambos grupos [...]. Según esta definición, *aculturación* debe ser distinguida de *cambio cultural*, del cual sólo es un aspecto, y de *asimilación*, que es, a intervalos, una fase de *aculturación*. También debe ser diferenciada de *difusión* que, aunque ocurre en todos los casos de *aculturación*, es un fenómeno que tiene lugar con frecuencia no solamente sin la ocurrencia de los tipos de contacto entre grupos especificados en la definición sino que, además, constituye sólo un aspecto del proceso de *aculturación* (Aguirre, 1957, p. 14; cursivas del autor).

Cabe destacar, que aportaciones subsecuentes tomaron esta definición de aculturación como eje central de sus elaboraciones. Un

ejemplo claro fue la posterior enunciación que propuso el *Diccionario Macmillan de Antropología*, cuya mirada emanó de la propuesta norteamericana:

Acculturation: "This term has been used since the 19th century to describe processes of accommodation and change in culture contact, but during the 1930s it came to be used increasingly by US anthropologists interested in the study of cultural and social change and the problems of social disorientation and cultural decline. They defined acculturation as 'those phenomena which result when groups of individual having different cultures come into first hand contact, with subsequent changes in the original cultural patterns of both groups'. Starting for cultural baseline of pre-contact culture patterns, acculturation studies then attempted to describe and analyze the process of change, in practice, they concentrated almost exclusively on contact between industrial societies and native populations, emphasizing the one way influence of the former in the latter, and its implications for applied anthropology. Then have accordingly been criticized for their open attitude towards the development process and towards the culture of the dominant group and the changes arising in it as a result of new political, economic and social forms. Specific points of research within the acculturation perspective included the study of mechanisms of change and resistance to change, and the creations of typologies of results of change: assimilation, reinterpretation, syncretism, revitalization, etcetera. More recent studies of change have tended to move away from explanations in terms of cultural pattern and towards the analysis of social, economic and political structures of dominance of ethnic interaction, and the strategic use of cultural elements in contact situations" (Macmillan Dictionary of Anthropology; citado en Hiernaux y Zárte, 2008, pp. 24-25).

Ahora bien, por muchos lustros, aculturación fue uno de los conceptos más recurrentes en la antropología para dar cuenta de los cambios socioculturales entre distintas sociedades, pues abarcaba procesos como la difusión y la asimilación, a fin de revelar los cambios de una sociedad que está en constante contacto con otra, y cómo estos influyen en su cultura generando una serie de "mutaciones". Pese a sus asequibles aportes, dicha postura solo contemplaba la influencia de una cultura dominante sobre otras poblaciones nativas y, por ende, una mirada esencialista de la cultura.

Para el caso latinoamericano, Zárte (2008) expone que este término fue empleado para explicar los cambios generados en una cultura trastocada por otra principalmente occidental. Ciertamente, la traducción del inglés al español generó una discusión entre los académicos que utilizaban dicho término, dándole un significado diverso con respecto a las necesidades de cada uno de ellos. De hecho, aculturación se tradujo literalmente, pero otros lo transfiguraron al término de transculturación.

En este contexto preciso, Ortiz nos brinda una definición de transculturación a partir de su experiencia del caso cubano:

Por aculturación se quiere significar el proceso de tránsito de una cultura a otra y sus repercusiones sociales de todo género. Pero transculturación es el vocablo más apropiado. Entendemos que el vocablo transculturación expresa mejor las diferentes fases del proceso transitivo de una cultura a otra, porque éste no consiste solamente en adquirir una distinta cultura, que es lo que en rigor indica la voz inglesa *aculturation* sino que el proceso implica también necesariamente la pérdida o desarraigo de una cultura precedente, lo que pudiera

decirse una desculturación, y, además, significa la consiguiente creación de nuevos fenómenos culturales que pudieran denominarse neoculturación (Ortiz, 1940, p. 90).

Grosso modo, podemos decir que Ortiz nos introduce al caso latinoamericano, además, considera la transculturación como un concepto posterior al de aculturación, cuya definición da mayor dinamismo e interacción al proceso de tránsito entre dos o más culturas, abarcando otros efectos que van más allá de la simple influencia de una cultura sobre otra, por ejemplo, la pérdida o nacimiento de otros fenómenos socioculturales.

En el mismo tenor, Herskovitz planteó que “transculturación alude a las influencias recíprocas de los modos de representación y prácticas culturales de varios tipos en colonias y metrópolis, y es en consecuencia un fenómeno de la zona de contacto” (Zárate, 2008, p. 30).

Si bien para muchos académicos el concepto de transculturación resultó adecuado para entender los cambios que se generan dentro de una cultura, para Lane Ryo Hirabayashi este término presenta algunas limitaciones, por lo que formuló desde una perspectiva asiático-americana la noción de *uneven transculturation* (“transculturación desigual”) la cual percibe a los procesos de transculturación como generadores de resistencia y opresión. Además, a comparación de los dos anteriores, incluye cuatro ventajas del mismo:

Primera: transculturación asume la formación racial como una dimensión integral de las relaciones sociales y de la estructura social en las Américas.

Segunda: el concepto de transculturación posee una cualidad dialéctica que mueve el análisis más allá de una victimización o imposición de una cultura dominante sobre la subyugada. Esto, además abre la historiografía a puntos de vista populistas y subalternos, también como un reconocimiento claro de procesos por los cuales los *underclass* influyen profundamente y, en consecuencia, alteran el mundo de sus dominadores.

Tercera: transculturación ofrece una nueva base para el análisis del cambio cultural. La terminología antropológica presupone patrones lineales de cambio cultural —en el sentido clásico de aculturación y asimilación desde la parte de las minorías hacia la cultura superior/dominante. En contraste —sugiere este autor—, transculturación es contingente y dinámica, pues aun en situaciones de gran desigualdad hay siempre algún grado de influencia mutua. En consecuencia, la transculturación es interactiva de maneras que van más allá de lo que ordinariamente es entendido como sincretismo.

Cuarta: transculturación es un concepto flexible y se representa para tareas disciplinarias, multidisciplinarias e interdisciplinarias, sin embargo, Ryo Hibayashi plantea que la propuesta de Ortiz estaba sobredeterminada por la matriz neocolonial de su tiempo. Partiendo de ahí, los procesos de transculturación deben ser valorados en términos de relaciones de poder, en cómo estas relaciones de poder matizan las dinámicas y formas que adoptan el intercambio e influencia cultural (Zárate, 2008, pp. 31-32).

A partir de la cita anterior, Ryo muestra que los cambios no solo pueden darse de manera hegemónica, es decir, de una cultura dominante hacia otra subyugada, sino que estos cambios también pueden ejercerse de la cultura dominada hacia la dominante, pues yace una cualidad dialéctica en la que deben considerarse tanto las relaciones de poder como la influencia que estas producen culturalmente.

Teniendo en cuenta las ejemplificaciones precedentes, podemos advertir que la discusión que se generó en torno del concepto de transculturación, provocó cambios importantes dentro de la antropología y, por ende, nuevas perspectivas para su abordaje, tal es el caso de la propuesta de Ryo, quien mira este fenómeno como un proceso subversivo y dialéctico, cuyas dinámicas incluyen tanto cambios de abajo hacia arriba, como de arriba hacia abajo (Zárate, 2008).

A riesgo de simplificar, podríamos decir que tanto el concepto de aculturación como el de transculturación han sido relevantes dentro de los estudios sobre el cambio sociocultural, no obstante, nótese que junto a estos esfuerzos también hallamos el concepto de hibridación, el cual se orientó al análisis de los mismos procesos, pero desde una perspectiva bilateral, enfatizando en aquellas dinámicas que pueden dar lugar a una “mezcla de culturas” como resultado del contacto sociocultural y otros factores. En efecto, tales “mezclas” o adquisiciones culturales ocuparon la atención de varios especialistas del tema, cuyas apreciaciones incluyen la variable de la movilidad espacial. Así, por ejemplo, Ahmad afirma

[...] que la fertilización a través de las culturas ha sido endémica a todos los movimientos de gente [...] y tales movimientos en la historia han involucrado el viaje, contacto, transmutación, hibridación de ideas, valores y normas de comportamiento (Ahmad citado en Hiernaux y Zárate, 2008, pp. 41-42).

Conviene aclarar en esta parte, que el concepto de hibridación emergería en el campo de la biología, empero, en las ciencias sociales sería retomado para explicar una serie de cambios, transformaciones y efectos en el ámbito cultural. Por ejemplificar su uso, tenemos las anotaciones de Maritza Urteaga (2012), quien nos muestra la potencialidad de este concepto en las ciencias sociales.

“Hibridación” ha sido definido de muchas formas en las ciencias sociales y en los estudios culturales, especialmente en la teoría poscolonial. Los exponentes de ésta última, centraron sus esfuerzos en explicar teóricamente la cuestión de las *diásporas poscoloniales* dispersas por todo el globo, pero sobre todo en el denominado ya primer mundo. Obligadas a negociar nuevas identidades étnicas para sí mismas en la convivencia social con poblaciones mayoritarias de europeos diversos, de grupos no europeos también desplazados y personas privadas de sus derechos políticos, diversas diásporas provenientes de África, Asia y el Caribe dieron origen a problematizaciones más complejas en torno a las identidades étnicas y lenguas de raíces múltiples. (Urteaga, 2012, p. 117; cursivas del autor).

Lo expuesto en párrafos anteriores nos sirve para identificar que al igual que los conceptos de aculturación y transculturación, hibridación fue empleado para entender los procesos de cambio cultural de las diásporas

provenientes de los territorios colonizados, cuyo principal objeto de estudio apuntaba hacia las identidades que se crean o reconfiguran como resultado del contacto.

El interés de estudiar al sujeto subalterno y colonizado en estos espacios creados *a partir de su fuga territorial y disciplinaria*, posibilitó la propuesta de novedosas perspectivas de estudio en torno a la identidad y el lenguaje: como “algo performativo, “híbrido”, “creolizado” y existente en los límites de diversos sistemas de interpretación” (Biagini y Roig citado en Nivón, 2012, pp. 117-118).

Sucede en efecto, que el concepto de hibridación buscaba responder a las necesidades de comprender las interrelaciones, apropiaciones y nuevas expresiones identitarias de las “mezcla” entre las culturas, por ejemplo, tenemos los trabajos de García Canclini (2009), quien se ocupa del caso latinoamericano.

Podríamos decir, a riesgo de simplificar, que Néstor García Canclini (2009) aportó al campo de investigación una “nueva” perspectiva al concepto de hibridación, así como diversas dimensiones y ámbitos de expresión, tales como el arte, la lengua, el espacio, etcétera. Con esto en mente, podemos acercarnos a la percepción del autor, quien define a la hibridación como los “procesos socioculturales en los que estructuras o prácticas discretas, que existían en forma separada, se combinan para generar nuevas estructuras, objetos y prácticas” (García, 2009, p. III). Es decir, existiendo dos culturas diferentes con prácticas disímiles, al contacto pueden combinarse, “mezclándose” las formas, generando así una hibridación de una cultura con otra, dando como producto una nueva.

Ciertamente, García Canclini ha realizado diversos trabajos que atañen principalmente al arte, sin embargo, sus aportaciones repercuten en todos los ámbitos culturales para la sociedad mexicana y latinoamericana. La importancia de su concepto radica primordialmente en que el autor propone la hibridación como un proceso y no un fin, en el que convergen no solo dos culturas sino diversas en una era moderna y global. Este proceso es diverso, es por eso que el autor se cuestiona lo siguiente:

¿Cómo fusiona la hibridación en estructuras o prácticas sociales discretas para generar nuevas estructuras y nuevas prácticas? A veces esto ocurre de modo no planeado o es resultado imprevisto de procesos migratorios, turísticos y de intercambio económico o comunicacional. Pero a menudo la hibridación surge de la creatividad individual y colectiva. No sólo en las artes sino en la vida cotidiana y en el desarrollo tecnológico (García, 2009, p. v).

A nuestro parecer, uno de los aportes más significativos del autor radica en que la hibridación no es un proceso exclusivo de los individuos, antes bien, representa un proceso colectivo que abarca una amplia gama de aspectos de la vida cotidiana, tales como la comida, música, formas de vivir, entre otros. En este contexto preciso, la hibridación como parte de la cotidianidad también comprende a los traslados, viajes turísticos, migraciones, entre otros. Por si fuera poco, constituye un concepto transversal que nos permite explorar en el tópico de las identidades. Si atendemos al aspecto advertiremos que:

Los procesos incesantes, variados, de hibridación llevan a relativizar la noción de identidad. Cuestionan, incluso, las tendencias antropológicas y de un sector de los estudios culturales al considerar las identidades como objeto de investigación. El énfasis en la hibridación no sólo clausura la pretensión de establecer identidades “puras” o “auténticas”. Además, pone en evidencia el riesgo de delimitar identidades locales autocontenidas o que intenten afirmarse como radicalmente opuestas a la sociedad nacional o la globalización (García, 2009, p. vii).

Desde las elaboraciones anteriores, podemos afirmar que el concepto de hibridación podría ayudarnos a construir nuevas teorías de la cultura que enfatizen su fluidez, así como en la reconfiguración de las identidades que resultan de las complejas relaciones de los grupos humanos, mezcla de prácticas y estructuras, intercambios, préstamos, apropiaciones e invenciones. A decir verdad, su contenido resulta una sugestiva veta de investigación para aquellos que busquen incorporar las dinámicas de hibridación espacial dentro de sus investigaciones, o bien explorar en la compleja relación que subyace entre espacio, migración y transnacionalismo.

Conclusiones

Desde hace algunos años, varios académicos se han preocupado por incluir el concepto de hibridación dentro de sus agendas de investigación, con la esperanza de construir modelos espacio-temporales con los cuales les sea dable explorar la peculiar relación que estriba entre espacio, migración y transnacionalismo. Quizás, uno de los acercamientos más

interesantes lo podamos hallar en Hiernaux (2008), pues propone, como resultado de sus experiencias con migrantes, un conjunto de estrategias que podrían orientar nuestro camino en el abordaje del fenómeno migratorio y de ciertos procesos de movilidad espacial a partir de la noción de hibridación.

La primera de ellas apunta al reconocimiento de que el migrante frente a su condición migratoria, construye un manejo híbrido del tiempo y del espacio, en donde se asoma un “choque de visiones que requiere de un proceso de adaptación” (Hiernaux, 2008, p. 109). Según el autor, una pista fundamental para entender tales procesos se halla en las redes de migrantes y situaciones de apoyo familiar que vive o experimenta el sujeto, pues estas son fundamentales para analizar sus relatos sobre las experiencias individuales y colectivas, dificultades y formas de concebir el tiempo y el espacio en los distintos lugares en donde se encuentre, a fin de entender el problema del choque cultural en su vida diaria.

Para Hiernaux los migrantes construyen una cotidianidad híbrida “por la convivencia de su acervo de conocimientos anteriores y sus experiencias tan distintas en el sitio donde migró” (Hiernaux, 2008, p. 110). De ahí, la sugerencia de poner atención a los relatos comunicativos entre migrantes y a la demostración por la convivencia, lo cual incluye el contacto con los habitantes del sitio de migración.

Otro aspecto importante, que podemos recuperar del autor, es la relación que se construye con la sociedad de origen y destino, la cual abarca un conjunto de temas colectivos diversos, por ejemplo, el trabajo, la sexualidad, la conyugalidad, la intimidad,

entre otros. Aquí, resulta clave considerar la duración de las experiencias y el lugar en el que ocurren, es decir, cómo se construyen los ámbitos de referencia o de aplicación de cada modelo espacio-temporal de los sujetos transnacionales y de sus respectivas prácticas.

Otra estrategia para el análisis de las experiencias y los ámbitos de referencia, es a través del manejo de la fragmentación de la relación de las concepciones y modelos espacio-temporal de los sujetos, por ejemplo, tenemos aquellos que se configuran en la comunidad de origen y la(s) sociedad(es) de destino, el espacio público y privado, el trabajo y hogar, y otros espacios físicos y mentales (simbólicos).

Quizás, ya convendría decir que para Hiernaux la hibridación del espacio representa el derrotero conceptual más adecuado para desarrollar sus estrategias analíticas del fenómeno migratorio. Con esto en mente, para el autor, la hibridación puede ser entendida como

[...] el hecho de que los tiempos y espacios de origen y destino(s) se entremezclan y se rearticulan en forma distinta. Lo anterior debe ser visto de forma distinta de la fragmentación, que implica, en nuestro entender, que pueden coexistir situaciones en su entorno espacio-temporal, en forma articulada y sucesiva, en una suerte de nueva división internacional del espacio-temporal, formando el conjunto del modelo del propio migrante (Hiernaux, 2008, p. 112).

Resumiendo estas ideas, su concepto de hibridación en el contexto de la migración apunta hacia el reconocimiento de que “cada visión espacio-temporal y las actividades con

ellas asociadas se transforman al contacto de la o las otras”. Lo cual nos remite a la construcción social de un espacio híbrido, fruto de una espacio-temporalidad compleja, cuyos rasgos centrales se basan en tres variables: la movilidad; la fragmentación y la hibridación (Hiernaux, 2008).

Si bien los aportes de Hiernaux nos ofrecen algunas estrategias para el estudio del espacio híbrido que construyen los sujetos transnacionales, sería conveniente sumar otras observaciones que puedan abonar al estudio de la migración. La primera de ellas sería el reconocimiento de que el encuentro de las culturas debe incluir una perspectiva situacional que no oculte lo que se pone en juego en lo social (Cuche, 2002). Lo anterior, nos obliga a pensar en la importancia que tienen las relaciones de dominación y subordinación que surgen en los espacios de contacto e interacción de los sujetos o grupos humanos.

Un segundo aporte a considerar es que el estudio de la hibridación nos lleva cuasi “naturalmente” al abordaje de la identidad. De ahí, la necesidad de reconocer que la identidad en espacios de contacto y o movilidad espacial puede ser vista como un proceso que se construye a partir de la negociación de la diferencia, la heterogeneidad y el conflicto en contextos históricos y relaciones de poder particulares. Por último, consideramos que el espacio híbrido y las identidades son construcciones socioespaciales que ocurren a partir de procesos de continuidad, discontinuidad y ruptura, cuyo abordaje nos obliga a incluir dentro del análisis las nociones de espacio de vida y del espacio vivido.

Referencias

- Aguirre, G. (1957). *El proceso de aculturación y el cambio socio-cultural en México*. Veracruz: Universidad Veracruzana-Instituto Nacional Indigenista-Gobierno del estado de Veracruz-FCE.
- Castro, Y. (2005). *Teoría transnacional: revisitando la comunidad de los antropólogos*. Recuperado de <http://www.scielo.org.mx/pdf/polcul/n23/n23a11.pdf>
- Cuche, D. (2002). *La noción de cultura en las ciencias sociales*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Schiller, N., Basch, L. y Szanton-Blanc, C. (1995). From Immigrant to Transmigrant: Theorizing Transnational Migration. *Anthropological Quarterly*, vol. 68, 1, 48-63.
- Schiller, N. (1992). Transnationalism: A new Analytic Framework for Understanding Migration. En N. Schiller, Basch, L. y Szanton-Blanc, C. (eds.). *Towards a Transnational Perspective on Migration: Race, Class, Ethnicity and Nationalism Reconsidered*, (pp. 1-24). New York: Academy of Sciences.
- García, N. (1989). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.
- Hiernaux, D. y Zárata, M. (eds.). (2008). *Espacios y transnacionalismo*. México, D.F: Universidad Autónoma Metropolitana-Casa Juan Pablos.
- Hiernaux, D. (2008). Tiempo, espacio y transnacionalismo: algunas reflexiones. En D. Hiernaux y Zárata, M. (eds.). *Espacios y transnacionalismo*, (pp. 89-118). México, D.F: Universidad Autónoma Metropolitana-Casa Juan Pablos.
- Levitt, P. y Schiller, N. (2006). Perspectivas internacionales sobre la migración. En A. Portes y Dewind, J. (coords.). *Repensando las migraciones. Nuevas perspectivas teóricas y empíricas*, (pp. 191-229). México, D.F: UAZ-Porrúa-SEGOB- INM-Centro de Estudios Migratorios.
- Levitt, P. y Khagram, S. (2008). Constructing Transnational Studies. En P. Levitt y Khagram, S. (eds.). *The Transnational Studies Reader. Intersections and Innovations*, (pp. 1-18). New York: Taylor and Francis Group.
- Lindón, A. (2008). De espacialidades y transnacionalismo. En D. Hiernaux y Zárata, M. (eds.). *Espacios y transnacionalismo*, (pp. 119-156). México, D.F: Universidad Autónoma Metropolitana-Casa Juan Pablos.
- Martín-Barbero, J. (2012). Poder y cultura: la insoportable hibridación. En E. Nivón, (coord.). *Voces híbridas: reflexiones en torno a la obra de García Canclini*, (pp. 183-214). México, D.F: Universidad Autónoma Metropolitana-Siglo XXI.
- Nivón, E. (coord.). (2012). *Voces híbridas: reflexiones en torno a la obra de García Canclini*. México, D.F: Universidad Autónoma Metropolitana-Siglo XXI.

- Ortiz, F. (1940). *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Portes, A. (2005). Convergencias teóricas y evidencias empíricas en el estudio del transnacionalismo de los inmigrantes. *Migración y Desarrollo*, núm. 4, 2-19.
- Pries, L. (2011). Transnacionalismo: ¿término de moda o programa de investigación serio? Propuesta de investigación para estudiar las organizaciones como vínculo micro-macro. En G. E. Emmerich y Pries, L. (coords.). *La transnacionalización. Enfoques teóricos y empíricos*, (pp. 9-38). México, D.F: Universidad Autónoma Metropolitana-Porrúa.
- Pries, L. (1997). Migración laboral Internacional y espacios sociales transnacionales: bosquejo teórico-empírico. En S. Macías y Herrera, F. (coords.). *Migración Laboral Internacional*, (pp. 17-53). Puebla: BUAP.
- Smith, R. C. (2006). *México en Nueva York. Vidas transnacionales de los mexicanos entre Puebla y Nueva York*. Zacatecas: Porrúa-Cámara de Diputados-Universidad Autónoma de Zacatecas.
- Urteaga, P. M. (2012). Juventudes y procesos de hibridación. En E. Nivón, (coord.). *Voces híbridas: reflexiones en torno a la obra de García Canclini*, (pp. 115-137). México, D.F: Universidad Autónoma Metropolitana: Siglo XXI.
- Zárate, M. (2008). Culturas y transnacionalismo: relaciones complejas. En D. Hiernaux y Zárate M. (eds.). *Espacios y transnacionalismo*, (pp. 23-50). México, D.F: Universidad Autónoma Metropolitana-Casa Juan Pablos.